

CARNE DE JUERGA

## Carne de juerga.

*1 de Noviembre de 1895.*

Enriqueta... ¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de Noviembre, destinados por el mundo á rendir culto á la materia en descomposición, nadie con más derecho, ninguno más á propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura que encerraba dentro de su cuerpo—si encerraba algo—la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón latidos que se difundían de sentimientos; un organismo espiritual, rudimentario; nada, ó tan poco que ni aún vale la pena de ocuparse en ello. Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible, fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos se consideraban

bien pagados conque les ofeciera sensaciones; sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentaneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se de por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder á todas las sollicitaciones del deseo. De músculos potentes, de piel fina, exuberante de vida, espléndida de formas; ansiosa de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada á la orgía, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta á comenzar de nuevo, sin amar á nadie, sin odiar á nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo; una máquina de placer. No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta corte, campo neutral, montón de tierra movedizo y oscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, dí en la cuenta de que en aquella fosa, olvi-

dada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ella, hubo de ocurrírseme este artículo, que no es la historia de un ser sino la necrología de un estimulante.

Estimulante poderoso, enérgico, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido á las primeras, bien así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse á la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que, apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con extremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbándose el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno y después por otro, y al fin por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo á los hambrientos sollicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que, seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer ninguna mirada, inútil para

satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las últimas partículas de su sustancia, elementos de vida á otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa, que se arremolinaba en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, á cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor á veces; seres decrepitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no lo tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso, y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho, pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante, no por voluntad, por destino, mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación, por el influjo que ejerce sobre todo animal lo que es extraordinario y hermoso; orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco á poco, á pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horrible. Había desaparecido la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudieron arrebatarse en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida á la vida de otras sustancias y de otros seres.

No creáis que voy á pedirlos para ella una lamentación ni una lágrima; no las merece; tal era su destino;

si vosotros tuvisteis alguna parte en él, yo no he de recordarlo, tampoco ella ha de protestar.

Pero ya que no os ocupéis de su memoria, ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes; y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de Enriqueta por organización y por hábitos, acordáos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.

## UNA MUJER DE MUNDO

## Una mujer de mundo.

En pie sobre el asiento del *landeau*, hallábase el conde, siguiendo, antejo en mano, las peripecias de la carrera, el galope vertiginoso de los caballos y los movimientos de los *jockeys*, que, describiendo en el aire curvas rápidas con el extremo de sus látigos, recogido el cuerpo, calada la gorra y hundidas las espuelas en los ijares de sus cabalgaduras, avanzaban por la pista adelante, persiguiéndose, desafiándose, estimulándose, estorbándose el paso, maniobrando habilidosamente para ganar la cuerda y formando vistoso grupo, en el cual se destacaban sus elegantes blusas de colores, hinchadas por el viento y brillantadas por el sol. Y mientras seguía el combate, y la multitud, escalonada en los desmontes y vericuetos que circuyen el Hipódromo, animaba á los luchadores con gritos roncós y salvajes; mientras en las tribunas se hacían apuestas y en los fondines improvisados sobre la superficie pantanosa del recinto, preparaban los mozos fuentes de emparedados y botellas de manzanilla, y damas y caballeros

lujosamente puestos charlaban en los carruajes y el conde perseguía desde el suyo, con ansias de jugador y de *spormant*, las evoluciones de su caballo favorito, la condesa, dirigiéndose á Enrique, á aquel mozo de diez y ocho años que, parado á muy corta distancia de ella, acababa de pedirla una cita amorosa por medio de una tarjeta arrojada con juvenil descaro encima de la cubierta del *landeau*, le dijo en voz baja, enloqueciéndolo á la vez con su acento y con la mirada de sus ojos grandes y burlones: «Al que algo quiere algo le cuesta.»

Enrique bajó la cabeza en señal de asentimiento; escuchóse el sonido de la campana anunciando el término de la carrera; pasó por delante de las tribunas el vencedor caballo, y comenzó el heterogéneo y bullicioso desfile de *breaks*, de charretes, de faetones, de *landeaux* y victorias á la *Daumout* y á la media *Daumont*, de *mílores*, de carretelas y berlinas, que, ocupados por hombres elegantes, por mujeres hermosas, por lo mejor y más selecto que abarca en sus límites, in-materiales, pero precisos, la alta sociedad madrileña, se amontonaba sobre las anchas puertas del Hipódromo, extendiéndose luego por el Paseo de la Castellana arriba, entre el crujir de las fustas, el pataleo metálico de los caballos, el suave chirrido de los ejes y el sordo voltear de las ruedas, mientras el popular, como se decía en los tiempos antiguos, la gente de á pie,

como se dice ahora, ganaba los paseos laterales en montón apretado y alegre, empujándose, codeándose, ondulando con desconcertadas ondulaciones y marchando de frente y en tropel, entre un rumor no interrumpido de palabras y risas y una espesa nube de polvo.

Enrique vió desfilar toda aquella turba de seres y cosas sin darse cuenta de ello; no tuvo ojos más que para contemplar el *landeau* de la condesa, que partió con los otros carruajes, no sin que su dueña, volviendo el rostro hacia su desconocido adorador, le dirigiera una sonrisa, despedida silenciosa, muda promesa que contrajo los nervios del joven y le hizo permanecer quieto, inmóvil; con las pupilas puestas en la encantadora mujer que se alejaba, y el cuerpo iluminado por los últimos rayos del sol, próximo á ocultarse tras los áridos desmontes del Hipódromo.

\*  
\*  
\*

Cómo se entendieron Enrique y la condesa, no es hecho digno de mención; baste decir que una noche recibió el joven la siguiente epístola:

«Dentro de cuatro días saldré sola para el Escorial; vaya usted allí y hablemos.

»Será conveniente que abandone usted la corte antes que yo.

»Rompa usted estas líneas después de leerlas.»

Enrique hizo pedazos la carta, no sin besarla antes repetidas veces; buscó dinero, cosa muy difícil de obtener por un joven que no tiene otro caudal que sus ilusiones y sus esperanzas, y dejó Madrid para comenzar la historia de sus primeros amores con una señora del gran mundo.

\* \* \*

En las estribaciones del monasterio del Escorial (digo estribaciones porque, más que de monasterio, tiene trazas de cordillera aquella mole inmensa y maciza) álzase una casa, edificada en forma de hotel, lo bastante lejos del pueblo para no confundirse con este, y lo bastante cerca para hallarse comprendida en su límite municipal. En la tal vivienda, rodeada por un jardín y defendida por una reja de artístico remate, vivía la condesa, sin más compañeros de habitación que dos ó tres criados.

A esta casa iba Enrique todas las noches después de las once sin ser visto de nadie, ni de la servidumbre siquiera, y allí permanecía hasta el clarear de la aurora, gozando las múltiples delicias á él ofrecidas en frenéticos y delirantes espasmos de pasión por aquella mujer hermosa como ella misma, carnal como un desnudo del Ticiano, majestuosa como una reina y ardiente como una cortesana.

Enrique adoraba los encantos de la condesa, como

adora el neófito, á medida que los descubre, los misterios de su religión. Para él, joven, ardiente, con el cerebro repleto de ilusiones, las venas de sangre y los nervios de electricidad, era la condesa el resumen de todas las dichas y la síntesis de todos los placeres. ¿Qué valían junto á ella, inteligente, graciosa, espiritual, pronta á seguir á Enrique, y seguirle sin desventaja en sus quimeras de poeta, en sus avances de pensador, en sus locuras de hombre mozo y sediento del porvenir, las otras mujeres ineducadas, humildes, torpes, que había tenido ocasión de tratar hasta entonces? Y si del ingenio, de la gracia, del entendimiento de Luisa (éste era el nombre de la condesa), de los goces intelectuales pasaba á los goces materiales, ¿dónde, ni cuándo pudo él, no ya disfrutarlos, ni siquiera soñarlos, semejantes á los imaginados por ella en sus horas de exaltación y de fiebre?

Las mozas de cántaro, perseguidas por Enrique en los estrechos corredores de su casa; las alegres modistillas, que se dejaban galantear en medio de la calle para entregarse luego en el gabinete reservado de una fonda cualquiera, las mismas cortesanas que el mozo tuvo ocasión de conocer, valían muy poco, en punto á placeres, comparadas con la ilustre señora; porque la condesa era maestra en deleites. Aquella mujer que en público parecía la virtud misma por la serenidad de su aspecto, por la parsimonia de sus modales, por la ri-



gidez de su trato, se metamorfoseaba en el silencio de su gabinete, ante las pupilas absortas de su amante, como se había metamorfoseado ante sus otros galanteadores; los cuales, dominados por ella aun después de la ruptura, guardaban á la condesa el secreto de sus culpas y de sus deslices, y ésta seguía siendo á los ojos del mundo, y á los ojos de su marido también, una dama modelo de virtudes, de costumbres honestas y de fidelidad inalterable.

Y no se crea que el tipo descrito es inverosímil: existe. Luisa, en lo que toca á hipocresía y á conocimiento de los hombres, podía dar quince y raya á Mad. de Marnaffe, á la cortesana imaginada por el talento incomparable de Balzac, á la que sabía entretejer á un tiempo, obligándoles á arrastrarse á sus plantas como miserables esclavos, al degenerado Hulot, al egoísta y panzudo Crevel, al muelle y lascivo Staimbock, y al romántico y salvaje Montes de Montéjanos; y podía darle quince y raya, porque Valeria explotaba á sus adoradores, y Luisa no; Luisa veía en los hombres instrumentos de sus liviandades, Valeria medios de hacer fortuna; y la condesa era, si no más querida, más respetada por sus adoradores, que la bastarda del ilustre general del Imperio.

Imagine se á qué extremo llegaría la pasión de Enrique, mozalbeta inexperto y cándido, en presencia de aquella mujer de treinta y cinco años, que supo tener-

le junto á ella un mes sin concederle otros favores que los estrictamente necesarios para enardecerle y subyugarle. Besar sus cabellos, acariciar sus manos, extasiarse en la contemplación de su pie calzado primorosamente, rodear con su brazo aquella cintura robusta y flexible al mismo tiempo, eran para el joven delicias inagotables y sublimes; y cuando la condesa fué suya, cuando suponía haber llegado al término de la posesión, hubo de comprender que nunca la poseería lo bastante para poseerla por completo; siempre encontraba en ella algo nuevo, enloquecedor y codiciable, no porque Luisa hubiera inventado placeres hasta entonces desconocidos en la tierra, sino porque hacía con los usuales lo que hacen las mujeres que tienen pocos vestidos con los suyos: combinarlos artísticamente, de tal modo, que, siendo dos ó tres, parezcan infinitos. Luisa procedía en idéntica forma, y Enrique, excitado, seducido por y ante los encantos de su querida, había traspasado los límites de la pasión para perderse en los abismos de la locura.

Y Luisa, ¿amaba á Enrique? No; los organismos así constituidos no aman nunca. Aquel mozo de dieciocho años era para ella, mujer de treinta y cinco, un manjar apetitoso; estas uniones de la juventud que empieza y de la juventud que acaba, se realizan siempre obedeciendo á una ley fatal. Las mujeres maduras apetecen á los mozalbetes inexpertos. No parece sino

que en ellos van á encontrar el elixir de la vida, ese elixir formado, según la opinión de los antiguos, con gotas de sangre arrancadas á la juventud.

Tienen estas mujeres una condición semejante á la de esos grandes vampiros americanos, que, manteniendo con el abaniqueo cálido de sus alas el sueño de sus víctimas, absorben su vida y se alejan después que no le han dejado una gota de sangre en el cuerpo. Estas mujeres son peores aún, porque, sobre destruir la materia, matan el espíritu.

Para absorber su juventud quería la condesa á Enrique; pero si pretendía que él se lo sacrificara todo, no quería sacrificar nada por él, y mucho menos los respetos y las consideraciones á que supo hacerse acreedora. Así es, que una tarde, á los tres meses de aquel idilio, dijo á su amante:

—Mañana salgo para Madrid; mi marido me espera.

Y después de una pausa añadió:

—Excuso decirte que nuestras relaciones han terminado.

—¿Cómo!—exclamó Enrique con acento de sorpresa y de angustia.

—Como lo oyes. Esto ha sido un devaneo que nos ha hecho felices á los dos; conserva mi recuerdo, como yo conservaré el tuyo, y despedámonos. Tú eres joven, apasionado, vehemente, y en Madrid cometerías algún disparate. Yo me debo al mundo, á los res-

petos sociales, á la consideración ajena, y tengo que cumplir mis deberes. Nuestro amor ha sido un paréntesis delicioso, pero nada más que un paréntesis, y hay que cerrarlo.

—No—repuso Enrique; —yo seguiré amándote, seré tu esclavo, lo que quieras; pero no me abandones, no me olvides. Ámame siempre.

—¡Imposible!—respondió Luisa.

—¿Por qué?

La condesa miró á Enrique con una mirada donde se confundían la lástima y la burla, y le dijo:

—Porque eres joven, porque eres inexperto, porque cometerías muchas locuras.

—¡Yo!

—Sí; ¿qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Pues sábelo, Enrique; á los dieciocho años, los hombres como tú sólo pueden tener queridas como yo en El Escorial.

LA PRIMERA LECCIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

## La primera lección.

Estábamos sentados sobre la hierba, recostados en la tapia del jardín, bajo la ancha sombra de una higuera, entre cuyas hojas danzaba un enjambre bullicioso de pájaros hambrientos, que á la higuera acudían avaros de nutrirse con su pródigo y sazonado fruto; cruzaban por delante de nosotros zumbadores insectos; mezclábase en el aire al monótono é insoponible canto de las chicharras y de los grillos, el alegre cantar de una mozuela que, mal encubierto el pecho por vistoso pañuelo de percal, remangada la chaqueta, descalza de pie y pierna, é inclinado el cuerpo sobre una artesa, enjabonaba enaguas y camisas, golpeándolas nerviosamente, y mostrando al golpearlas la espléndida curva de sus caderas, movidas á compás, durante las fatigas de su trabajo, con suave y lasciva ondulación; un lagarto, asomando curioso por entre dos piedras mal unidas, nos miraba con ojuelos retozones y brillantes; dos chiquillos desarrapados y sucios trababan furioso combate, defendiendo, uñas en ristre,

sus derechos á uña granada caída del árbol, y arriba, encima de nuestras cabezas, el sol, alegrando con sus rayos los tonos limpios de un cielo sin nubes, inundaba los campos de trigo, dorando á fuego las repletas espigas, mientras un viento caliente llegaba hasta nosotros, trayéndonos con él todos los rumores de aquella siesta calurosa y tranquila.

Yo era entonces muy joven, lo cual no indica, como supondrán algunos, que haga mucho tiempo del suceso que voy á referir; sólo han transcurrido diez años. Sin embargo, lo repito. Yo era entonces muy joven. Dichoso del que no me entienda.

Aun no se había grabado en mi frente el surco de una idea triste; aún no bordeaban mis ojos esas ojeras violáceas, marca imborrable de crueles é intensos dolores; mis ambiciones eran francas, mis deseos puros, mis proyectos nobles, mi fe ciega; por mi cerebro no había cruzado la sombra de un mal pensamiento; el desengaño tenía abiertas de par en par las puertas de mi alma, y yo era bueno, porque era feliz. Mi compañero, más viejo, más experimentado que yo, escuchaba con burlona sonrisa mis confidencias, mis sueños, mis afanes de gloria y de renombre; yo no podía comprender en la época á que hago referencia, todas las enérgicas ofrecidas por aquel perfil escéptico y mordaz; todos los argumentos traídos en contra de mis ilusiones por aquella frente sombría, por aquellos cabellos esca-

sos y blanqueados prematuramente, por aquellos ojos tenaces y por aquellos labios que se plegaban hacia los extremos de la boca con desdeñosa y violenta contracción.

Gozaba mi compañero fama de sabio; su nombre, repetido sin cesar en periódicos y academias, se pronunciaba con admiración y respeto. Combatiente, nacido como yo en el humilde radio de una aldea, había triunfado, y no obstante, ni un solo rasgo de su fisonomía daba indicios de su victoria; más que vencedor parecía ser vencido. Y es que hay victorias tristes, muy tristes. Cuando el vencedor consigue el triunfo á costa de mucha sangre derramada, de terribles angustias, de amigos fieles que desaparecieron para siempre, de entusiasmos que se aniquilan y sucumben, el triunfo se convierte en derrota y la corona de laurel en corona de espinas, que desgarran la frente de quien la ciñe.

Algo muy semejante le había ocurrido al hombre que fué depositario de mis quimeras en aquella tarde calurosa del mes de Agosto: en cada lucha, en cada victoria parcial vió desaparecer un pedazo de su alma, una esperanza ó una ilusión; y al tocar la cima de sus aspiraciones, al volver los ojos atrás, al sentir en sus oídos la adulación rencorosa del éxito, se encontró sólo y gozó con amargura de un triunfo que le costaba tanto, y maldijo su gloria, que brillaba como INRI sangriento sobre un montón de cadáveres.

Por alimentar una sola de mis quimeras, hubiera él dado cuantas alabanzas le prodigaba el mundo; y al oírme, comprendiendo que pronto, muy pronto, desaparecerían mis sueños á los continuos y brutales golpes de la realidad, me escuchaba silencioso é inmóvil, mostrando en su gesto incrédulo, algo amargo y dulce á la vez, mezcla extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación, ni las escasas advertencias recibidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensarán, sería bastante á dispensar las imperfecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración,

sentí que me agarraban por un brazo, y ví á mi compañero señalar friamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: «Mira.»

Encaminé los ojos al punto señalado y allí, adherido á la tapia, ví un girón gris, polvoriento, flotante... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal para morir luego en el fondo obscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían. Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando, agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás, procuraba huir, volver al espacio, á la luz, á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus patas vellosas, terribles en aquel instante,

avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como otra sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agarrotada por el espanto.

—¡Desdichada!— grité yo á mi amigo.—¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidido á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?...

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo... para eso. Mira—añadí,—nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí; salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?—replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca si así lo quieres; pero medita bien en lo que haces. La araña, por ley de naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que infor-

ma sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante libre, feliz... tropezó en esa red y cayó en ella, porque debía tropezar y caer. Ese era su destino, caer. La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino, devorar... ¿Tú quieres oponerte? ¡Locura!... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cenicienta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo, el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á éste de las garras de aquél, es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despótico:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte á leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu obra resultará estéril, completamente estéril; no impedirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil, es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que pretendes evitar. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en esto como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permanecí inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, sa-

tisfecha, orgullosa de su triunfo penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la miés, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer, en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.